Día 7

SALMO 44

«¡Por siempre nos gloriaremos en Dios!
¡Por siempre alabaremos tu nombre!»
(Sal. 44:8).

Solemos asociar la bondad de Dios a nuestra vida cuando todo fluye sin contratiempos. Estamos sanos, tenemos empleo, nuestras finanzas están bien, nuestra familia está unida y exclamamos a gran voz: «¡Dios es bueno!». Y eso es verdad, Dios es bueno todo el tiempo.

Sin embargo, podemos hacer memoria y recordar cuán bueno es Dios, no solo en la temporada de *vacas gordas*, sino en la temporada de *vacas flacas* también (Gén. 41). En este salmo, el salmista hace memoria de lo que Dios hizo en el pasado con Su pueblo, con Israel, recuerda cómo mostró Su bondad, Su cuidado y Su protección delante de sus enemigos.

«Porque no fue su espada la que conquistó la tierra, ni fue su brazo el que les dio la victoria: fue tu brazo, tu mano derecha; fue la luz de tu rostro, porque tú los amabas» (v. 3).

El salmista reconoce que solo con Dios podemos combatir a nuestros enemigos; no con nuestras armas, no en nuestras fuerzas porque, aunque lográramos obtener la victoria, esta no sería duradera.

Pero Dios es bueno *siempre*. Aun en nuestras luchas no nos deja solos, no nos envía al frente de la batalla sin Su presencia y, aun cuando pareciera que Dios se ha olvidado de nosotros, no ha sido así. Dios no está lejano, no se ha olvidado de nosotros y mientras estemos a Su lado, y Él al nuestro, debemos confiar.

Es en medio de los dolores, los desastres y los sufrimientos, que podemos experimentar con más fuerza Su bondad. Ahí experimentamos Su cuidado,

Su protección, Su sustento y también Su presencia. No nos abandona. ¿No es bueno Dios? A través de las pruebas, Dios nos santifica.

Pasar por pruebas no debería sorprendernos porque se nos advierte de esto en 1 Pedro 4:12, pero también se nos ha prometido que Dios estará con nosotros mientras esto suceda (Isa. 43:2). No temamos, Dios no se olvida de nosotros y Él ha sido fiel a todas y cada una de sus promesas.

Es posible que nos suceda como al salmista: podemos creer que Dios se ha olvidado de nosotros porque, a nuestros ojos, nos está yendo mal. Me encanta el versículo 20: «Si hubiéramos olvidado el nombre de nuestro Dios…». Este hombre reconocía que, si se hubieran alejado de Dios, estarían muertos, y no solo perseguidos.

Clamemos a Dios porque Él es bueno, porque en nadie más hay paz para el alma, nadie más nos ayuda en tiempos de aflicción y nadie más nos redime por Su misericordia.

«Estamos abatidos hasta el polvo; nuestro cuerpo se arrastra por el suelo. Levántate, ven a ayudarnos, y por tu gran amor, ¡rescátanos!» (vv. 25-26).

Demos gracias a Dios porque no nos deja solos, jamás lo hará (Mat. 28:20). Recordemos quién es Él y lo que ha hecho en nosotros para que seamos como una luz que alumbra a quienes nos rodean; ¡que cada ciudad y el mundo entero vea la luz de Jesucristo!